

## LOS AJUSTES EN ESPAÑA



Desde hace ya unos años los trabajos más pesados y marginales que se realizan en nuestro país los ejecutan inmigrantes. Cada vez es menos usual ver a españoles limpiando calles en las grandes ciudades, o pozos sépticos, alcantarillado o recogiendo a mano productos en el campo. Tampoco son ya muchos los compatriotas que se ven en la obligación de salir de España para encontrar un trabajo.

Y, todo esto, no es más que la consecuencia lógica del gran "avance" que venimos alcanzando en estos últimos años, al tiempo que fuimos abriendo las puertas a los que llegaban de fuera para dar equilibrio a nuestro bienestar. Las pensiones no hubieran resistido para alimentar a la cifra de jubilados o parados de hace unos años; los actuales 42 millones de habitantes que hemos alcanzado, sobre todo con la inmigración, están consolidando el sistema.

Y esto que para nosotros ha sido una novedad, se dio también en nuestros vecinos europeos a lo largo de los años setenta, cuando muchas de sus grandes empresas emprendieron la marcha hacia países menos desarrollados en los que poder avanzar, sin las tremendas cargas sociales que hay que añadir a todo producto manufacturado en un país de los llamados avanzados. Recuerden la llegada a España de Renault, Ford, Citroen o Austin, sólo por poner algunos ejemplos.

Por eso, el cierre de muchas compañías extranjeras ubicadas en nuestro país era algo previsible. Otra cosa es que a nuestros gobernantes les interesara prever a largo plazo. Nuestra mano de obra fue interesante mientras fabricábamos bien con salarios bajos. Sin embargo, en cuanto nos hemos equiparado con los sueldos de la Unión Europea el desfile de compañías que se van hacia las tierras de los nuevos socios emergentes no ha hecho más que empezar. Es la perversidad del capitalismo, pero quienes lo fomentan, políticos y empresarios, son los únicos responsables de tanta torpeza. Nos estamos convirtiendo en un país de servicios.

En España ha habido dos tipos de empresarios: los clásicos, que invertían cuanto tenían en sus fábricas, y las pasaban de generación a generación, y las multinacionales que abrían empresas acogidas a ventajas fiscales e inmobiliarias, para que diesen mano de obra a la zona en la que se establecían. Las primeras, la mayor parte de ellas, han seguido funcionando con más o menos dificultad, pero las segundas se están marchando porque se acabó el chollo. Es imposible pagar 1000 euros cuando pueden ofrecer 300 por hacer lo mismo. Esta huida, sólo puede frenarse con especialización, mucha tecnología y grandes dosis de trabajo y sacrificio por parte de empleados y accionistas. Hay lugares, como el tejido industrial del País Vasco, donde, a pesar de impuestos revolucionarios y amenazas, Gobierno, empresarios y trabajadores han sabido constituirse en una piña y sacar los proyectos adelante.

Sin embargo, la Bahía de Cádiz ha venido viviendo de un espejismo en el que políticos y responsables no han querido mirarse. Nuestros puertos se van quedando vacíos de actividad portuaria, y muchas industrias de capital extranjero se fueron a Polonia, Rumanía, o a la República Checa, donde un médico o un ingeniero gana 300 euros al mes. Por el contrario, a nosotros, todo nos ha parecido poco, y el espejismo de riqueza que trajo el euro nos encareció la vida hasta cotas insoportables, sin estar preparados culturalmente para ello. Años después, toca pagar la factura de tanto bienestar a cuatro años vista, que es el plazo máximo en el que es capaz de pensar la clase política.